

## VICENTE FUENTES DIAZ

Originario de Chilpancingo, Gro., en donde nació el 6 de julio de 1920.

Destacado publicista, ha ocupado importantes puestos de elección popular y sobresalido como investigador serio y acucioso. Colabora en periódicos y revistas con artículos históricos y de actualidad. De él conocemos las obras siguientes: *La intervención norteamericana en México* (1947); *Gómez Farías, padre de la Reforma* (1948); *El problema ferrocarrilero de México* (1951); *Los partidos políticos en México*, 2 v. (1954); *Santos Degollado el santo de la Reforma* (1959, otra versión en 1967); *La Revolución de 1910 en el Estado de Guerrero* (1960); y otras más recientes.

Fuente: Vicente Fuentes Díaz. *Los partidos políticos en México*. 2 v. México, D. F. 1956. II-51-62.

### EL P. N. R.

La muerte de Obregón produjo una tremenda conmoción en la República, y especialmente en el sector revolucionario. En un país de caudillos, donde el principal de ellos era precisamente él, su desaparición tenía que sacudir hasta sus raíces, como lo hizo, la conciencia nacional, y afectar profundamente las relaciones, la actividad y la perspectiva de los grupos organizados.

En momentos de angustia indecible, de desconcierto y de pesadumbre, las fuerzas políticas escudriñaron el panorama de México —donde aún resonaba el eco de los disparos de León Toral— en busca del hombre que había de coordinarlas en el futuro. Y el hombre, indiscutiblemente era Calles. A pesar de que, en la aflicción de los primeros momentos, no faltó quien pensara que Aarón Sáenz podía ser, como líder político de la campaña obregonista, el nuevo rector de la política nacional, carecería de muchas condiciones para serlo. El “hombre fuerte” era Calles, y hacia él convergieron los políticos civiles y los jefes del ejército.

Cuarenta y cuatro días después de la muerte de Obregón, o sea el 10. de septiembre de 1928, Calles sorprendió a la nación con un mensaje político en el que anunció la terminación

de la era de los caudillos y el nacimiento de la etapa de las instituciones. Fue en la ceremonia de apertura de las Cámaras.

Calles afirmaba en él que con Obregón se extinguía en México el último de los caudillos. "La desaparición del presidente electo —decía— ha sido una pérdida irreparable que deja al país en una situación particularmente difícil, por la *total carencia*, no de hombres capaces o bien preparados, que afortunadamente los hay; pero sí de personalidades de indiscutible relieve, con el suficiente arraigo en la opinión pública y con la fuerza personal y política bastante para merecer, por *su solo nombre y su prestigio personal*, la confianza general". (El subrayado es nuestro). Y agregaba: "Todo esto determina la magnitud del problema; pero la misma circunstancia de que quizá por primera vez en su historia se enfrente México con una situación en la que la nota dominante es la falta de "caudillos", debe permitirnos, va a permitirnos, orientar definitivamente la política del país por rumbos de una verdadera vida institucional, procurando pasar, de una vez por todas, de la condición histórica de país de un hombre a la de nación de instituciones y de leyes."

¿Cómo era posible —preguntamos— que el país pudiera dar ese paso trascendental, decisivo, por la sola desaparición de un hombre? Si México había alcanzado la suficiente madurez para traspasar la era caudillista y entrar a la de las "instituciones", la evolución tenía que producirse y concretarse en una nueva organización política, por causas históricas mucho más profundas, que en todo caso tendrían que ser la existencia de fuerzas sólidamente organizadas bajo la forma de partidos, y no por la simple ausencia de un hombre, así fuera éste, como efectivamente lo era Obregón, la más recia personalidad del momento. Los partidos, como fuerzas estables, permanentes y realmente representativas de las corrientes nacionales de opinión, no existían sino en forma embrionaria, imbuidos de los vicios tradicionales de nuestra política y sujetos precisamente a la voluntad personal de los caudillos que tan artificiosa y apresuradamente se quería sepultar en el mensaje. Mientras esos partidos no existieran como órganos de un régimen político, debidamente estructurados, y mientras las clases sociales no se diferenciaban plenamente entre sí ni actuaran con un sentido propio e independiente de su papel en la producción económica, los caudillos no podrían desaparecer tan repentinamente como conductores de la vida

nacional. No existían, pues, las condiciones objetivas, históricas, para entrar de inmediato en la era de las "instituciones", que Calles anunciaba tan estridentemente en su tamborazo político del 10. de septiembre.

En la segunda parte del mensaje, Calles hablaba claramente, al referirse a las nuevas "instituciones", de la necesidad de forjar verdaderos partidos nacionales: "...que todos estos hechos y todos estos factores ayuden a la consecución de estos ideales: la entrada definitiva de México al campo de las instituciones y de las leyes y el establecimiento, para regular nuestra vida política, de *reales* partidos nacionales orgánicos con olvido e ignorancia de hoy en adelante de los hombres necesarios como condición fatal y única para la vida y para la tranquilidad del país."

Hemos subrayado el vocablo *reales* para significar que el mismo Calles no reconocía en los partidos existentes los requisitos necesarios para ser auténticos partidos nacionales, "orgánicos" como él les llamaba, es decir, debidamente organizados y con carácter permanente. No de otro modo se entiende su afirmación en el sentido de que deberían existir verdaderos partidos.

Pero también esta esperanza, sincera o simuladamente expresada por el nuevo hombre fuerte, se frustró en las peripecias de nuestro atraso político y en las peculiares condiciones del país. Este no había evolucionado en forma tal que pudiera producir los "reales partidos nacionales orgánicos".

Los hechos posteriores demostraron bien pronto la doble imposibilidad histórica de liquidar el caudillismo y de pasar a la etapa de las "instituciones". Calles fue no sólo considerado en la práctica sino explícitamente proclamado el hombre fuerte, el "jefe máximo de la revolución", "y para toda su vida" como lo dijo Alfonso Romandía Ferreira en aquel célebre debate de la Cámara de Diputados (cuando había libertad parlamentaria) en que Soto y Gama les demostró a los callistas, en terrible requisitoria, la grave contradicción en que incurrierían, cuando por un lado pregonaban el fin del caudillismo y por el otro consagraban a su jefe como nuevo califa.

Agrupadas las fuerzas políticas en torno a Calles, ya incluso encontrándose al margen del poder, el "sepulturero" del caudillismo resultó el nuevo patriarca, aunque con un novedoso y rimbombante apellido: el de "Jefe Máximo". En aquellas jornadas parlamentarias de que hablamos, Calles fue coronado

como nuevo monarca de la política nacional por todos aquellos que habían visto en él al hombre insustituible para regir en lo sucesivo los destinos de la intrincada política militante. Muchos de ellos se habían quitado el tricornio y la casaca de la corte obregonista para enfundarse el uniforme de la nueva dinastía. Se iniciaba, así, el "maximato", nueva denominación oficial del caudillismo.

La tesis de la necesidad de verdaderos partidos se había puesto en boga desde el mensaje callista del 10. de septiembre. El licenciado Emilio Portes Gil, al asumir la presidencia provisional de la República el 30 de noviembre de 1928, pronunció estas palabras: "...confío en que el establecimiento de partidos políticos sólidamente enraizados, dueños de un programa y de un sector fijo de opinión, servirá para desvincular la política de la administración y para impedir, ojalá que hoy para siempre, que el Estado se convierta en elector."

No sabemos si Portes Gil, 27 años después, abraza aun esta esperanza. Ojalá la vieja realizada antes de morir.

Calles quiso ser consecuente con su mensaje y un día después de haber abandonado la presidencia, cuando Portes Gil no acababa seguramente de acomodarse en la vieja silla de los virreyes, inició la tarea *personal* de crear un nuevo partido, para entrar, así de sopetón, a la etapa "de las instituciones". Junto con Aarón Sáenz, Luis L. León, Manuel Pérez Treviño, Basilio Badillo, Bartolomé García, Manlio Fabio Altamirano y David Orozco, constituyó el comité organizador del Partido Nacional Revolucionario, y lanzó desde luego un manifiesto, fechado el 10. de diciembre de 1928, en el que se convocaba "a todos los partidos, agrupaciones y organizaciones políticas de la República, de credo y de tendencia revolucionaria", para integrar el nuevo organismo. En ese manifiesto se decía, sustancialmente, lo siguiente:

1o. A falta de caudillos, que conquisten a las masas por sus solas cualidades personales, es necesario que las fuerzas políticas se organicen en partidos permanentes y de principios, a fin de que continúen la obra de la Revolución.

2o. Los nuevos partidos deben constituir un apoyo constante de los gobiernos de la Revolución, pero deben también censurarlos cuando se aparten del programa que tengan prometido, acabando así con quienes aplauden por sistema al gobierno y con quienes lo atacan por despecho.

3o. El nuevo partido aspira a agrupar a todos los revolucionarios del país.

Un hecho curioso ocurrió siete días después. Debido a que Calles había concurrido, como invitado de honor, a una convención de la CROM en donde se censuró al presidente Portes Gil, su presencia en esa asamblea despertó en los medios políticos aviesas suspicacias, lo que obligó a Calles a tomar la determinación... ¡de retirarse a la vida privada! Es decir, el hombre que días antes tomaba en sus manos la tarea de realizar la más alta función de la vida pública, como es la de organizar en un partido a sus conciudadanos, resolvía retirarse de toda actividad política. Pero no hubo tal retiro. Calles fue el iniciador y el propulsor del PNR, su pontífice y amo indisputado, y al través de él ejerció su larga hegemonía personal en la política.

En los primeros días de marzo de 1929 se reunió en Querétaro la asamblea constitutiva del PNR, de donde tendrían que salir, en doble parto, el nuevo organismo político y el candidato a la presidencia para el período 1930-1934. Los delegados estaban divididos en partidarios de Ortiz Rubio y de Aarón Sáenz, predominando ostensiblemente estos últimos, quienes salieron de sus entidades de origen con la consigna de sacar adelante la candidatura saenzista. Pero ya en Querétaro se enteraron con estupor de que en un cambio repentino y de última hora, el ungido por la bendición pontifical de Calles no era Aarón Sáenz, sino Ortiz Rubio.

En la forma más antidemocrática imaginable, sin respeto alguno a la voluntad de las fuerzas organizadas que concurrían a la asamblea, sin haber realizado ninguna auscultación previa, y por una simple decisión personal del nuevo caudillo, Ortiz Rubio salió electo candidato. Sáenz y buen número de sus partidarios regresaron a México, donde públicamente arremetieron contra la imposición. Tal era el hermoso pórtico callista por donde entraba el país a la etapa de las "instituciones".

En la fase inicial de la asamblea los delegados en nada se ocuparon de la constitución del nuevo partido, absorbidos como estaban por el problema del candidato. El programa y los estatutos del PNR fueron aprobados sin debate alguno, tal y como habían sido elaborados por los amanuenses de Calles. Además, ya para finalizar la asamblea, se recibió la noticia de la asonada escobarista, y los delegados menos aún prestaron aten-

ción a los problemas que planteaba la organización del nuevo organismo. Su definición programática fue muy pobre. La declaración constitutiva incluía como punto esencial la siguiente afirmación: "El Partido Nacional Revolucionario, fundado por las mayorías proletarias de la nación, tiene por objeto mantener de modo permanente y por medio de la acción política, social y administrativa de los elementos revolucionarios del país, una disciplina de sostén al orden legal, y definir y depurar cada día más la doctrina de la Revolución, así como realizar y consolidar las conquistas de ésta."

De entre las frases débiles y manoseadas de "la consolidación de las conquistas revolucionarias", surgía, como feto endeble de un parto prematuro el objetivo supremo del PNR como forjador de "una disciplina de sostén al orden legal". En eso, prácticamente, se concretaba la finalidad del partido.

El PNR nació no propiamente como un partido político, sino como una coalición de los partidos regionales que existían en diversas entidades del país, y así se mantuvo durante un año, hasta su segunda asamblea nacional, en la que se acordó la disolución de las agrupaciones que lo habían constituido.

¿Qué papel desempeñó el nuevo partido en la evolución política del país?

El PNR tuvo, en nuestra opinión, un importante aspecto positivo y varios negativos.

El primero consistió en la liquidación de una serie de partidos regionales, de facciones y de grupos que durante muchos años se habían enfrascado, por ambiciones electorales, en reyertas enconadas y sangrientas. Si es cierto que varios de los partidos extinguidos, o que sin haber muerto llevaron desde entonces una vida precaria, tenían cierta base de principios y habían desarrollado una actividad democrática y de masas, como el Partido Socialista del Trabajo del Estado de México, el Partido Socialista del Trabajo de Veracruz y el Partido Socialista del Sureste, otros, en cambio, no eran sino instrumentos de los caciques regionales, de los gobernadores y de los políticos provincianos influyentes, y servían en sus manos como simples aparatos electorales.

La mayor parte de esos pequeños grupos sólo entraban en actividad cuando se acercaban las elecciones locales. Muchas veces, como decimos, tuvieron choques funestos.

El PNR reagrupó esas fuerzas anárquicas, evitó agitaciones sangrientas y estériles, liquidó el imperio arbitrario de nume-

rosos caciques y frenó las ambiciones desmedidas de las facciones, aunque esa disciplina no se haya impuesto sobre la base de coordinar democráticamente a los grupos en las luchas políticas, consultando y respetando la opinión de sus miembros, sino por medio de la consigna inapelable e infalible que partía del olimpo callista. A pesar de que estos procedimientos chocaban casi siempre con la voluntad de las mayorías e iban reforzando el poder personal de un hombre —Calles— y de su grupo, la desaparición de los pequeños partidos tuvo la virtud de suprimir los métodos sangrientos y caciquiles de la política provinciana, y de evitar el desgaste de energías en pugnas infructuosas que en muchos casos reprimían y deformaban el progreso económico. En este sentido la formación del PNR tuvo el significado de un pacto tácito entre los revolucionarios de país para encauzar, con menos convulsiones, la vida económica de la República, y hacer posible también, en cierto modo, la aplicación del programa de la Revolución. (Más adelante veremos por qué el PNR no cumplió cabalmente esta función.)

Los aspectos negativos del PNR fueron los siguientes:

No nació como fruto de un proceso democrático, es decir, como resultado de una labor previa y bien organizada de consulta a las masas, de discusión colectiva de su programa y de sus objetivos, ni de una efectiva estructuración de abajo hacia arriba. Se formó por iniciativa personal del general Calles. Esto es evidente. Portes Gil, que como Presidente de la República estaba enterado de todos los pormenores de este asunto y quien fue desde el poder público un decidido impulsor del nuevo partido, así lo afirma:

“El Partido Nacional Revolucionario se organizó por iniciativa personal del señor general Calles.” Y en seguida revela una significativa conversación que a este respecto tuvo con el propio Calles: “. . . Cuando el señor general Calles me dio a conocer su idea sobre la organización del Partido Nacional Revolucionario, le expresé que me parecía excelente. . . El general Calles me expuso su pensamiento más o menos en los siguientes términos: “Después de muchas reflexiones sobre la grave situación que se ha creado como consecuencia de la inesperada muerte del general Obregón, he meditado sobre la necesidad de crear un organismo de carácter político, en el cual se fusionen todos los elementos revolucionarios que sinceramente deseen el cumplimiento de un programa y el

ejercicio de la democracia." (*Quince Años de Política Mexicana*. Pág. 197 y siguientes. Primera edición.)

Y el mismo Calles, en las declaraciones en que anunció su "retiro" de la vida pública con motivo de la pugna entre Portes Gil y la CROM, se confiesa autor de la formación del partido. "...apenas concluido el mandato —dice— que me había conferido el pueblo, no vacilé en iniciar los trabajos necesarios para la organización del Partido Nacional Revolucionario..."

Y aunque la opinión personal de Calles, en este problema, no dejaba de estar condicionada en cierto modo por los intereses y el pensamiento de los hombres que lo rodeaban, lo cierto es que, formalmente al menos, fue él en persona quien promovió la integración del nuevo organismo. Valdría entrar aquí momentáneamente en el terreno de las hipótesis. Si Calles no hubiera tomado la iniciativa personal en este asunto ¿se habría formado de todos modos un organismo político semejante al PNR? Es posible que sí, sobre todo si se considera que las condiciones de dispersión y de anarquía en que se movían los grupos políticos así lo exigían. Pero muchas veces las necesidades objetivas permanecen insatisfechas si alguien en lo personal no inicia la tarea de resolverlas. Calles, pues, aparece como el padre único y tutelar del PNR.

En segundo lugar el PNR no llevó al cabo, como debería hacerlo todo verdadero partido, una labor de afiliación individual que le diera cierto sentido popular de militancia voluntaria. Automáticamente consideró como miembros suyos a todos los empleados públicos —quienes sufrían de sus sueldos un descuento especial como cuota obligatoria para el partido— y a los integrantes de los partidos regionales que fueron la base de su constitución. De este modo apareció como un órgano consustancial del Estado, integrado y sostenido burocráticamente, sin cuotas voluntarias de sus miembros, y con el vicio endémico de todos los partidos oficiales: el de ser la obligada antesala de los puestos públicos.

Pero, al señalar esquemáticamente sus vicios y limitaciones de origen, debemos convenir en que muy difícilmente podía desenvolverse en otras circunstancias. El PNR tenía forzosa-mente que reflejar dos hechos: la realidad política del país, que en uno de sus esenciales aspectos se definía por la inexistencia de una auténtica tradición de partidos, y el carácter que el nuevo organismo tuvo desde su gestación, como órgano electoral del Estado, sujeto a la naturaleza, a las contradiccio-



nes, a los intereses y a los objetivos de éste, así como a las características personales de quienes lo dirigían, factor de incalculable importancia porque precisamente el país seguía siendo manejado por los caudillos y éstos impregnaban con su personalidad cuanto les rodeaba. Porque en toda su historia, el partido oficial —llámese PNR, PRM o PRI— ha reflejado con más o menos fidelidad, dentro de las peripecias de la vida pública, el sello personal de sus propios líderes. Dentro de su mismo desenvolvimiento bajo el régimen callista, el PNR de Carlos Riva Palacio, por ejemplo, fue muy distinto del PNR presidido por Lázaro Cárdenas. En el primero se reforzaron los métodos del compadrazgo, del burocratismo, de la componenda inescrupulosa, de la incondicional sumisión a los dictados de los hombres influyentes, del desenfreno y de los peores vicios electorales. En el segundo hubo un aire de austeridad, menos servilismo y, sobre todo, el empeño de darle al partido un mayor contenido popular, atrayéndose a núcleos de campesinos y obreros que no habían sido en sus filas, hasta entonces, sino reclutas forzados, y sólo en las circunstanciales etapas de la lucha electoral.

Un detalle solo, que aunque sea anecdótico no deja de tener importancia, exhibirá la diferencia de lo que fue el PNR en manos de uno y de otro. Cuando, bajo la presidencia de Riva Palacio, salió de la ciudad de México hacia Querétaro el tren especial de delegados a la convención política que postuló al propio general Cárdenas como candidato a la Presidencia de la República, el coñac circulaba con abundancia entre los viajeros a poco de haber partido el convoy, e instantes después salía otro tren oficial que llevaba los bureles destinados a una corrida de toros, una de las muchas distracciones de que gozarían los convencionistas. Ya en Querétaro, en el Hotel Jardín, varios conocidos políticos, según crónica periodística de la época, se entregaban con pasión a las delicias del *pocker*, mientras otros delegados distraían sus ocios en las tapadas de gallos y en las casas de vida licenciosa. En aquella asamblea *revolucionaria*, Madero y Carranza fueron sustituidos en las preocupaciones de algunos políticos por Birján y Venus. Todo era cuestión de gustos mitológicos. . .

Años después, en la época del PRM, la presidencia de Heriberto Jara, el viejo luchador de la revolución que conservaba la frescura renovada de sus antiguos ideales, no puede com-

pararse con la inepta y burocrática dirección del licenciado Antonio Villalobos.

El PNR estaba llamado a cumplir la misión histórica, y en gran parte la cumplió, de liquidar las reyertas destructoras de los pequeños caudillos y de las facciones provincianas disfrazadas con el nombre de "partidos". Pero acontecimientos posteriores le dieron después otro cauce y le hicieron desempeñar un papel muy distinto. Examinemos esos factores:

En 1929 el mundo capitalista se vio sacudido por la más grave crisis económica que había sufrido hasta entonces. Fue, como la mayor parte de los desequilibrios cíclicos del capitalismo, una crisis de sobreproducción. En Estados Unidos, donde se había iniciado el fenómeno, se planteó de inmediato la doble necesidad de colocar en el exterior el exceso de mercancías y de adquirir al más bajo precio posible la mano de obra y las materias primas del extranjero. El *crak* de Wall Street se hizo sentir en México casi de un modo inmediato. Los negocios, sobre todo el de la industria minera y el de ferrocarriles, resintieron profundamente el fenómeno. La política monetaria sufrió un grave quebranto. El gobierno, para mejorar sus ingresos, tuvo que echar mano de recursos desesperados que los mismos políticos callistas calificaron de monstruosos.

El ingeniero Alberto J. Pani, prominente financiero del callismo, se ha referido así a este problema:

"Mientras tanto, en México, la declinación de los ingresos del gobierno se verificaba de modo continuo y acelerado. No fueron suficientes para corregir el desequilibrio presupuestal la enorme reducción de los egresos —los ejercidos en 1931 fueron cerca de setenta millones de pesos menos que los autorizados originalmente— ni la imposición de nuevas cargas fiscales. En este último terreno, se llegó a extremos desesperados e increíbles: recuerdo, en efecto, la contribución extraordinaria del uno por ciento con que fueron grabados los ingresos brutos producidos en el curso del año anterior por el ejercicio del comercio, de la industria y de la agricultura y por la inversión de capitales. Esta gabela, injusta, absurda y reatroactiva, fue más bien un atraco.

"La depresión de las rentas federales era una de las consecuencias del creciente desarrollo de la crisis económica. Esta se exteriorizaba también en manifestaciones tan nocivas como la astringencia del crédito y la depreciación de la moneda de plata —que formaba la parte preponderante del *stock* mone-

tario— frente a la moneda de oro, que era tesaurizada o exportada y en efectos tan deplorables como la rápida paralización de la industria y el comercio que, consiguientemente, abatía al tasa de los salarios, aumentaba el número de desocupados y extendía la miseria, intensificándola.” (*Los orígenes de la política crediticia*. Págs. 177 y 178.) El subrayado es nuestro.

Ante esta situación, la burguesía callista, como la de todos los países semicoloniales que en un momento dado renuncia a continuar el desarrollo independiente de su propia nación, empezó a convertirse en una burguesía parasitaria, es decir, en un sector no dedicado a la producción ni a ninguna otra actividad que tendiera a incrementar la riqueza, sino a los negocios especuladores e improductivos desde el punto de vista social, como son el *coyotaje*, el agio, los contratos, los privilegios a costa del erario y hasta el juego al azar. Los garitos de Aguacaliente en Tijuana, del Hotel de la Selva en Cuernavaca y del Foreign Club en la ciudad de México, donde noche a noche se jugaban centenares de miles de pesos, fueron uno de los grandes negocios de los políticos callistas.

El capitalismo norteamericano había descargado los efectos de la crisis, en el aspecto exterior, sobre los países coloniales y semicoloniales como el nuestro. Teníamos que aumentar el consumo de sus productos, ofrecidos a un alto precio, y que venderle nuestras materias primas y nuestra mano de obra al más bajo precio.

La presión yanqui se hizo sentir por medio del guante blanco, pero terriblemente duro, del embajador Dwight W. Morrow. El pueblo calificó la gestión del representante norteamericano, prominente accionista de la Casa Morgan, como “la diplomacia de los huevos con jamón” por ser éste su platillo preferido en las entrevistas que sostuvo con el general Calles. La opinión pública, siempre perspicaz, dedujo que en esas pláticas se fraguó la capitulación de la burguesía callista frente al imperialismo norteamericano.

A partir de las crisis de 1929 y de sus efectos diplomáticos al través de Morrow, el callismo frenó todavía más las reformas democráticas, iniciadas por Carranza y proseguidas vigorosamente por Obregón. La reforma agraria, que había sido la más generosa y apremiante tarea de la Revolución, entró en sensible descenso, disminuyéndose el reparto de tierras; el gobierno adoptó una política tibia y complaciente con las em-

presas extranjeras que explotaban nuestros recursos naturales, especialmente con las compañías petroleras, y los grupos de la izquierda revolucionaria fueron perseguidos despiadadamente. El movimiento obrero fue galvanizado por el gobierno y se le impidió asumir una actitud combativa frente a la clase patronal. A este respecto cabe aportar los siguientes datos:

En 1925 el número de huelgas en todo el país fue de 51, descendió en 1926 a 7, aumentó en 1929 a 14, en 1930 fue de 15 y descendió nuevamente en 1931 a 11. Estas cifras acusan una sensible baja en relación con las de años anteriores, cuando numéricamente el movimiento obrero era menor, pues sólo en 1920 el número de movimientos huelguistas había sido de 173, y en el primer año completo del gobierno de Obregón, o sea en 1921, aumentó a 310. La disminución se debía evidentemente a la política antiobrerista del callismo en su etapa de claudicación. (*Anales Históricos de la CTM. 1936-1941. Pág. 89.*)

El reparto de tierras también descendió en esa época. Mientras en los cuatro años de gobierno de Calles, del 10. de diciembre de 1924 al 30 de noviembre de 1928, se distribuyeron 987,854 hectáreas, en los siguientes cinco años, o sea de 1929 a 1934, sólo se distribuyeron 726,676 hectáreas.

Las compañías petroleras, que en el gobierno de Carranza estuvieron a punto de sufrir la aplicación del artículo 27 constitucional, en su parte relativa al dominio de la nación sobre el subsuelo, gozaron después de ilimitados privilegios y se les dejó explotar sin cortapisas los recursos aceítíferos.

En estas circunstancias, de pleno e incondicional sometimiento del gobierno al capitalismo extranjero, el PNR sirvió a Calles como anillo al dedo para centralizar con métodos absolutistas el manejo de la política. Si ya seguramente existía en él, al formarse el PNR, la idea de frenar y someter a los grupos regionales que, como el Partido Socialista del Sureste, decidían por sí mismos sus asuntos políticos, la nueva situación le ofreció una más amplia oportunidad de liquidar las tendencias independientes de algunos de esos partidos, cuyos dirigentes, antes de consultar al Jefe Máximo, ya tenían resueltos sus problemas políticos.

En sus seis primeros años de vida, de 1929 a 1935, el PNR fue, pues, el instrumento omnipotente y monolítico de Calles, para decidir la vida política de la nación, y, sobre todo, sus problemas electorales. Salvo en la campaña electoral de 1929,

cuando Vasconcelos se enfrentó a Ortiz Rubio, en ningún otro momento pudo surgir algún movimiento que intentara disputarle el poder. Todos, uno tras otro, caían ante su fuerza trituradora. Su formidable maquinaria electoral doblegaba a los grupos independientes de manera implacable.

Pero ya en el seno del PNR venía formándose un sector que entraba en pugna con el grupo callista, aunque en apariencia se mantuviese sometido a su mando político. Era el sector de la pequeña burguesía oficial que, habiendo resentido seriamente los efectos de la crisis económica, sufría la omnipotencia asfixiante de aquel grupo, y se sentía, por ello, deprimida, inconforme y discriminada. Poco a poco fue modelándose, por sus virtudes de sobriedad y sus principios avanzados que lo diferenciaban en mucho del resto de los políticos callistas; el jefe de ese sector era Lázaro Cárdenas. Y como ocurre también con la pequeña burguesía de todos los países, cuando trata de aumentar su poder económico y su influencia política, la que Cárdenas representaba en el seno del PNR, y aun fuera de él en cierto modo, alentaba propósitos renovadores. Débil de suyo, tenía que apoyarse, como lo hizo, en el movimiento obrero y campesino, excitando sus necesidades y alentando sus aspiraciones revolucionarias.

La designación de Cárdenas como candidato del PNR a la Presidencia de la República, a fines de 1933, fue, sin duda un triunfo de esa pequeña burguesía que, estimulada a su vez por el resurgimiento del movimiento obrero y campesino, presionaba cada vez más a los capitostes callistas para que le permitieran ocupar un mejor sitio en la maquinaria oficial. El candidato de Calles lo había sido, indiscutiblemente, el general Manuel Pérez Treviño. Con él estaban sus simpatías personales. Pero el viejo caudillo de Agua Prieta tuvo que ceder ante la exigencia y el empuje del cardenismo.

Esto demuestra, entre paréntesis, que no siempre el hombre en el poder puede designar libremente a su sucesor, sobre todo cuando su elección personal no coincide con los intereses del resto de las fuerzas oficiales, o cuando no toma en cuenta los factores nacionales e internacionales, o cuando no se apoya en el pueblo.

Aunque se afirma que en 1933 fue un prominente callista e hijo nada menos que del propio califa sonorensé, Rodolfo Elías Calles, el que más influyó en el ánimo de su padre para que se designara candidato a Cárdenas, lo cierto es que su

designación se debió al apoyo de los jefes del ejército y a la fuerza creciente de la burguesía cardenista en el seno del PNR, de la que Rodolfo Elías Calles fue sólo un intérprete, consciente o involuntario. Y ya en la convención del PNR en Querétaro, en diciembre de 1933, se sintió la fuerza renovadora del cardenismo. Como un anuncio de lo que sería la política del nuevo presidente, el profesor Graciano Sánchez, líder agrarista de San Luis Potosí, reivindicó el sentido original y profundo de la Reforma Agraria, obligando a la comisión dictaminadora de este tema, encabezada por Luis L. León, a modificar sus puntos de vista.

El ascenso al poder de la pequeña burguesía cardenista, con un nuevo concepto del desarrollo económico de México, unido a la reestructuración del movimiento obrero —ya en vías de librarse de la tutela moronista— y a otros factores que después analizaremos, crearon las condiciones para la transformación del PNR.